

El huerto florece

El sol no salía cuando las niñas ya estaban despiertas, habían convertido el cuarto en un huerto de muñecas, unas estaban sin blusa, otras sin cabello y otras sin cabeza. Pero las niñas tenían su muñeca preferida, la que no tenía ningún defecto, la que todavía tenía los dos zapatos y en su cara resaltaba una sonrisa inmortal. Pero esta se encontraba arriba del armario. Nadie la podía tocar, La Madre escondió esa muñeca para que no se pelearan. Pero era necesaria su presencia. Con pausas y calma se treparon una en la otra hasta llegar a la bolsa de juguetes y la empujaron hacia el suelo.

Después del gran estruendo se estamparon en silencio; total silencio, no hablaron, no se movieron, no respiraron. Intentaron bajar con sumo cuidado hasta que llegaron a acariciar el piso o un cuerpo de plástico. Ya en el suelo, corrieron por La Muñeca, la preferida. Desde ahí comenzó el temblor; las niñas pelearon por ella hasta que una ganó, lo que significaba que tenía el control de todo: las reglas, el día, las emociones, la vida. Todo. El Cuarto se transformó en un baile, todo cuerpo que descansaba en el piso revivió para ahora ser un invitado. Dentro de la bolsa de los juguetes se escondía una caja musical heredada y esa fue la orquesta que dirigió el baile.

Todos daban vueltas al son, se deslizaban, se caían, se levantaban, se reían, se enojaban, se peleaban y de un momento a otro las niñas detuvieron el baile para reclamar de nuevo la custodia del juguetito que todos querían. Cerraron de golpe la caja de música y comenzaron a poner sus manos en La Muñeca. Una mano tomó el brazo; otra jaló de las piernas; otra agarró el pelo. Era una guerra de pertenencia, quien la obtenía podía convertirse en ella mientras jugaban. Eso era todo. La Muñeca solamente sonreía, nada cambiaba.

Finalmente una de las niñas la ganó cuando el otro cuarto continuó con el baile. La orquesta que habían apagado comenzó a retumbar del otro lado, se podían escuchar distintas voces que competían para ser las más ruidosas. Estaban cantando súplicas y, antes de que terminara, el telón se abrió con La Madre volando hacia el suelo, ella era elegida. Sus ojos eran pequeños y de plástico, a punto de reventar de euforia. Unas manos tomaron a la señorita de la pierna y comenzó a deslizarla de vuelta al salón principal mientras cantaba una canción de libertad, de esa manera el telón cayó. Las niñas volvieron a quedarse calladas, voltearon a verse y notaron que la sonrisa de la muñeca había desaparecido. La caja de música comenzó a enredar notas

hasta entonar el vacío. Las niñas se quedaron en silencio; total silencio, no hablaron, no se movieron, no respiraron. Con toda velocidad guardaron los juguetes. Guardaron La Muñeca con las demás. Cerraron la bolsa de juguetes y volvieron a sus camas. El baile había acabado.

Jazmin Varela Pérez

